

# ¿En qué piensas cuando miras al cielo?

Cartas para ser leídas  
en Monterrey, N. L.,  
el 10 de diciembre de 2017

(Edición de *El Sur El Sur*)

Hacienda Los Encinos, Monterrey, Nuevo León.

Ya llegué.

Te extrañé.

No sabes cuánto.

Eres quien primero me recibe cuando vengo a la casa, pero también quien primero se despide.

Pongo mi celular a un lado, me siento y te dedico unos minutos, sólo a ti.

Tu rostro infinito cubre mis ojos y se llena mi cabeza de ti, sin que tenga yo que abrir la boca una sola vez. Lo haces y yo te dejo hacerlo.

Le das color a todas mis mañanas y estás llena de luz todas mis noches.

Desde lo alto, me miras en una ciudad llena de gente que comienza con la palabra "Yo".

Algunos son tan grises que hasta a ti, no sólo te ven gris, sino que te hacen gris. ... veo un suelo duro, muros inflexibles que guardan frialdad, gente que oye sin escuchar, que habla sin pensar, y que acompaña sin sentir.

Pero gracias a ti: cielo que me dice "Hay algo más grande allá afuera".

(Eugenio González Holguín)

Monterrey, Nuevo León.

El cielo es el lugar donde las palabras viajan junto con los pensamientos, donde saludas a la persona que amas y que ya no se encuentra contigo. El cielo te da esa esperanza de que las palabras recién salidas de tu boca, empujadas por mi aliento, sean calentadas por el sol, cobijadas por las nubes y transportados por las estrellas, volviendo hasta ti.

El cielo siempre es nuestro cómplice. Desde niños lo observamos y dibujamos su majestuosidad en una hoja y muy orgullosos se lo enseñamos a nuestras madres. Es el amanecer caminando por la playa, viéndolo tomar un color naranja reflejado por el mar, es el colorido papalote volando, el objeto de papel que creemos tocará las nubes, o puede ser la tarde nublada, que nos acompaña en el dolor al despedirnos de un ser querido, donde mis lágrimas son enjuagadas y acompañadas por gotas de agua que intentan reconfortar el dolor de la pérdida.

O donde los grillos cantan al ritmo de las estrellas, un festival de luces, la gran cobija palpitante que nos deja llevar por el sueño.

Cada vez que miro arriba, pienso que eres una nube, o una estrella, o una hermosa gota de agua Y que te vuelves un cómplice de mi vida como lo es el cielo...

- Citlally Carreola Saguilán.

Rosario:

En noches como esta, es imposible no pensarte. Evoco tu semblante y, como cualquier romántico, podría tratar de compararte con la noche y, si fuera más aventurado, con las estrellas. No lo haré. No se me da el ser meloso y pecaría de desafortunado. Por otro lado, no puedo sino sentir la brisa, el frío de aquí.

Cada tarde es un prólogo a la noche. El cielo se torna anaranjado, decantándose gradualmente por colores más fuertes. El calor es insoportable, como un brazo lacerado que no sana. Y luego, súbitamente, se detiene. El cielo se vuelve verde, a veces rosa, y poco a poco retoma su celeste habitual, oscureciendo el horizonte cada vez más. El silencio lo acompaña. Se escucha un auto ocasional por la carretera, o el chirrido de los grillos. Quisiera ver estrellas, pero aquí no hay. Las pocas que veo son diminutas, se pierden entre tanto espacio. Aquí es cuando se comienza a pensar sobre el tamaño de las cosas; pero tú sabes como soy, Rosario, no me gusta crearme insignificante. Naturalmente, también está la incertidumbre a lo desconocido y la fascinación inocente por lo extraño, el delirio espacial. El cielo acalla cada pasión con apacibilidad.

Rosario, se me agota el pensamiento, me temo no haber dicho nada; pero uno se pierde fácilmente en las palabras. Te extraño.

- Daniel Alejandro Martínez Méndez

Apodaca, Nuevo León.

Carta al único hombre que no me amó:

Cuando miro al cielo y predigo la tormentosa lluvia que seguramente caerá sobre la ciudad, recuerdo el día en que me fuiste a buscar. Me tomabas de la mano, me ayudabas a evitar que pisara los charcos, me ofreciste tu chaqueta. Ese derecho solo lo tenías tú, y por esa única ocasión, me sentí la persona más fuerte del mundo

Cuando miro al cielo, recuerdo la tarde en que dijiste que tenía ojos bellos. No podría contradecirte, porque si lo eran, porque en ellos se veía tu reflejo, observándome, eras mi imagen favorita.

Cuando miro el cielo y veo las nubes grises prediciendo la tormenta, recuerdo que después de darme el mundo, fingiste no recordarme. Luego te observe a lo lejos, proclamándote rey y enaltecendo a todas, excepto a mí.

Y ahora, cuando miro al cielo y siento el viento desértico, y veo las nubes estáticas y noto el silencio de la poca vegetación, recuerdo los esfuerzos que al final hiciste por mí: escasos, inmunes, silenciosos.

Espero un día conozcas a la chica lo suficientemente correcta, como yo no lo supe ser: reservada ante tus padres, la envidia de tus amigos por su abrumante belleza, que sea una bestia en la cama y te dé la razón en todo. Que cuando mire el cielo, vea en ti a la puerta que conduzca hacia él.

(Yessika Guadalupe Peña López)

Guadalupe, Nuevo León.

Querida Karen:

Escribo con el corazón en la mano o, mejor dicho, en los dedos. Sin ninguna clase de arrogancia, quisiera que entendieras que lo que otras personas dicen de mí, no refleja el quién soy. Quiero que me recuerdes como la niña que te habló de las estrellas.

Cada noche busco la razón del porqué he llegado hasta aquí. Juré no mirar hacia atrás aquella noche, pero lo hago. El tiempo es el culpable: mientras nos volvemos adultos: nos volvemos criaturas con más arrepentimientos. Tengo la sensación de no haber vivido y lloro por esa frustración.

Me da miedo crecer. Los adultos caminan como si supieran lo que hacen, como si tuvieran una obligación moral, donde nacemos para morir y no vivimos para morir. Donde somos para hacer y no somos para ser.

Nunca cortes los días que aún has de ver, confía en mis sabias palabras. Que esto no se acabe hoy, ni se acabe mañana, que el tiempo no se aplaste, ni se vuelva polvo; no lo olvides, ni lo recuerdes mucho. Que tu consciencia despierte y tu voluntad reaparezca. Quiero que mi vida signifique algo para mí, y no para los demás.

Si alguna vez pierdes tu camino, mira hacia arriba. Esta noche dormiré con las estrellas. Después de todo, las cosas preciosas permanecerán. -K. J.

(Ana Karen Jahuey Martínez)

Monterrey, Nuevo León.

Su esplendor es casi divino, como si fuese la caligrafía del mismo creador, que de su puño y letra nos deleitara con su mejor poesía, inspirando a muchos, antes de que mi existencia siquiera fuera imaginable...

Caracterizado por llevar la contra hasta en la más mínima y trivial de las discusiones, para mí, este cielo hermoso expone lo que nadie quiere ver: la oscuridad perpetua e infinitamente mayor que la luz que lo atraviesa, el lóbrego fondo en el que se esconden: quién sabe qué misterios inexplorados y aventuras sin experimentar, y que así morirán: vírgenes por la eternidad.

El cielo es un mar de sorpresas, un desierto de curiosidades y por desgracia, una montaña empinada, imposible de escalar; ¡Que injusta la vida por darnos estos cuerpos débiles y obsoletos, por darnos ese espíritu fisgón y con tan poco tiempo para poder saciar su sed de enigmas y más enigmas! Un cielo tan basto y oscuro que abre puerta a las mentes más creativas para intentar descifrar qué hay detrás de tanta intriga (y qué tontos nosotros, por jugar con la vida a este juego cuya única condición es que la vamos a perder).

Miro al cielo y me lamento, pues es la materialización de la injusticia de la naturaleza, es el monumento a la debilidad humana y sin rodeos me pregunto ¿Habría sido alguien tan bueno para ponernos dicha obra de arte frente nuestros ojos o habrá sido alguien tan malo para colocar tal belleza tan lejos de nuestros pies?

Me gustaría ser eterno, me gustaría trascender de mis imposibilidades físicas y poder navegar por el umbral de lo

desconocido, darle mi propia luz a esa oscuridad que reina sobre nuestras cabezas, y no tener que resignarme más a esta frustrante realidad, pues, aunque forres la espada de flores, su filo sigue siendo letal.

Jorge Arturo Cervantes Flores

Queridos Padres:

Ignoro si estas palabras cobrarán vida. Salen del golpeteo sobre el teclado y brotan del cerebro, aunque nos gusta pensar que vienen del corazón, especialmente cuando son dictadas por los sentimientos y las emociones, por el recuerdo y mis vivencias a su lado, que han calado hondo y han forjado mi espíritu a través de todos estos años.

Cuando miro al cielo pienso en las noches plenas de estrellas que mirábamos desde el porche de la casa en “Los Naranjos”, reunidos los hermanos alrededor de nuestro padre y escuchando algún juego entre Sultanes y Broncos. O viendo las estrellas desde el patio de la “Anzaldúas”, cuando dormíamos a ras del piso junto a la puerta de alambre, abierta la de madera, en plena canícula. ¡Qué tiempos aquellos! De juegos de niños y adolescentes, de cuentos que nos relatabas tú, mamá; donde el protagónico era la familia, en un día de campo: ¡siempre el mismo cuento! Era como una colorida postal: pasto verde y fresco, columpios rojos, azules y amarillos, mesas y bancas donde comíamos “sándwiches” preparados en casa; y, desde luego, la familia. Aunque tú no lo decías: ¡éramos nosotros!

Ahora, cuando miro al cielo, pienso en ustedes; mis recuerdos son selectivos pero hermosos: las mejores travesuras y las de todos mis hermanos. También pienso en las tías, en la que fue para nosotros como la abuelita que no alcanzamos a conocer.

Pero también pienso en lo feliz que yo sería de que ustedes hubiesen conocido a mis hijos; segura estoy de que los habrían querido mucho y orgullosos estarían de ser sus abuelos, como ellos lo están de ustedes, conociéndolos solo a través de mis relatos.

Por eso, cuando miro al cielo, en este siglo XXI, pienso en los padres que me arrebató a destiempo la muerte. Y que, no obstante, me siento agradecida por haberlos conocido; aunque solo fuera una veintena de años. Por los últimos cuarenta, me ha gustado pensar que alguna de las estrellas que veo cuando miro al cielo, sencillamente, es su nueva casa.

Olga de León.

Monterrey, Nuevo León.

Mi querido Ricardo,

Desde niña dejé de mirar al cielo y contemplar las estrellas, la luna y el amanecer. No recuerdo la razón; pero conociéndome, creo que pensaba que nada ganaba con hacerlo. Pero llegaste a mi vida y todo cambió.

Recuerdo cuando me pediste que contemplase la luna, que tú lo harías, y por mí, porque tus pensamientos eran para mí, porque a través de ella nos comunicaríamos, sería nuestro internet, nuestro correo.

Y hoy, cuando miro al cielo, busco la luna y pienso si la estarás viendo, en quién estarás pensando. Y recuerdo nuestros planes, nuestros “te quiero”. Es inevitable llorar cuando miro al cielo, me trae dulces recuerdos, que ya no existen, que se esfumaron.

Es igual si es de día, o si está nublado. A mi mente viene la pregunta que un día te hice: ¿quién le dijo al sol que se escondiera, si te iba a dar los buenos días por mí? Te extraño cada día y cada noche porque es inevitable no mirar al cielo o ver la luna sin recordarte.

La niña que siempre te amará

(Bricelda B.)

Monterrey, Nuevo León, a 17 de junio del 19..

A mi gran amor:

¿Entre las nubes buscas mi rostro? Disculpa mi pregunta. La inseguridad de no volverte a ver, me consume el alma. No temo que me quieras abandonar, pues sé que, aunque en poca cantidad, tú me brindas amor sincero. Pero he sido testigo de una triste historia, digna de la pureza que sólo el amor de las madres y los hijos, puede poseer.

Una anciana, a punto de sucumbir al maltrato del tiempo, a la carga de una familia rota y a un marido que era un verdugo, escuchaba a las mujeres de sus hijos preguntarse sobre la hora en que la vieja finalmente moriría.

*“Cuando tú te vayas, yo me voy contigo.”* Fue, por mucho tiempo, la frase favorita de la persona que ella realmente amaba. Días antes, lograron despedirse. Entonces, una joven, nacida del vientre de una de sus hijas, lloró como una niña a sus faldas. Quienes las conocían sabían que, en realidad, ellas eran madre e hija.

La anciana, después de años de tormento, fue libre. El cielo se compadeció de ella al mostrarle, poco antes, el rostro de la niña. Sonrió y murió.

Y tú amado, no respondas a esta carta. No requiero respuesta. Sé que me amas, y al igual que la anciana, sé que ansías verme. Volveré pronto. Ahora nadie nos lo impedirá. Recuerda que nosotros tenemos la juventud de nuestro lado.

(Carta de Karla Daniela Rosales Sifuentes)

Guadalupe, Nuevo León.

Empieza a clarear y se me viene a la mente mi familia, los años que han pasado: 33, para ser exactos, desde que decidí realizar mi vida en pareja. Han nacido 5 hijos, los cuales ya hicieron su vida y nos dieron 10 bellos nietos.

La vida ha sido buena conmigo, me he realizado dentro de mis posibilidades como mujer, como esposa, como madre y, lo más bello, como abuela, a pesar de que hace 15 años me detectaron un tumor en la cabeza, del cual hasta el día de hoy sigue ahí y después de algunos procedimientos médicos, no ha pasado nada malo. Sigo agradeciendo a la vida estos años; trato de disfrutarlos, haciendo lo mejor de mi vida.

En el día a día, pasa mi vida con las alegrías y con los sinsabores, y con el crecimiento de mis hijos. Todos hermosos, todos distintos, todos sanos. Uno que desvió su vida por las malas compañías. Y a pesar de eso, creo que hice lo mejor posible por los 5. Aquel, a pesar de que Dios le dio 2 hijos, no ha sentado cabeza, y espero que un día no muy lejano reaccione y vea que son lo más importante en su vida, y se dedique a ellos. Mis otros 4 hijos, tranquilos, y después de ellos, el ver a estos regalos de Dios: mis pequeños nietos, todos diferentes, todos alegres, todos míos.

Gracias, Dios, por permitirme disfrutarlos, por permitirme enseñarles lo poco que sé, lo mucho que amo, lo mucho que agradezco estar aquí. No importa nada lo malo de la vida, solo hacer el día a día lo mejor posible, a pesar de lo desgastante que ha llegado a ser y lo inhumanos que nos hemos vuelto, porque a pesar de los

avances en tecnologías, hay retroceso en valores, en el amor hacia el prójimo. Solo nos queda hacer lo mejor posible de nuestra vida.

La mayor de mis nietas está por cumplir sus 15 años; el más pequeño, apenas con 6 meses. Son un aliciente en mi vida, son mi motor. Después de estos años, donde he sentido tristezas, alegrías, miedos, incertidumbres, deseos buenos, malos, pérdidas de seres queridos... estas emociones que te dicen que estás vivo y que mientras abras tus ojos quiere decir que tienes que dar lo mejor de ti.

¡GRACIAS DIOS!

(Patricia Hurtado Rodriguez)